



Conversatorio con Gioconda Belli

El país de las mujeres y el vecindario: Lectura de textos poéticos y algo de prosa

Universidad de Costa Rica, 21 de agosto 2014.

*Introducción del Sr. Henning Jensen Pennington, Rector
de la Universidad de Costa Rica:*

“Para la Universidad de Costa Rica es un gran honor y un inmenso placer contar con la presencia y la palabra de la reconocida intelectual, poetisa y novelista nicaragüense Gioconda Belli; autora de una vasta obra.

En su trayectoria suma importantes reconocimientos, entre los cuales destacan: el Premio Casa de las Américas de 1978 por su Poemario *Línea de Fuego*; el Premio de la Fundación de Libreros, Bibliotecarios y Editores alemanes y el Premio Ana Seghers de la Academia de Artes de Alemania, en 1988, por su primera novela *La mujer Habitada*; el premio internacional de poesía Generación del 27 en el año 2002, por su Poemario *Mi Íntima multitud*; el premio Biblioteca Bremen España y el Premio Sor Juana Inés de la Cruz en México en el 2008, ambos por su novela *El infinito en la palma de la mano*, y más recientemente, en el 2010, recibió el premio hispanoamericano La Otra Orilla, por su novela *El país de las mujeres*, obra que ofrece el marco temático para el conversatorio de esta tarde.

Gioconda Belli ha llevado las letras centroamericanas a lectores alrededor de todo el mundo con una obra que ha sido traducida a más de 14 idiomas. De manera muy particular, su trabajo literario le ha dado voz universal a las experiencias afectivas, políticas y sociales de la mujer, desde donde ha hecho audibles perspectivas éticas alternativas.

Desde el ámbito académico y universitario reconocemos en el arte y la literatura poderosas estrategias para investigar los ámbitos de la experiencia humana del mundo que escapan a los recursos de la ciencia.

A lo largo de la historia de las culturas con sus variados lenguajes las artes han logrado expresar las ideas y emociones que inquietan a las sociedades de cada época. Sin lugar a duda, la academia se enriquece con el trabajo creativo e imaginativo del artista, capaz de recordarnos que las cosas siempre pueden ser diferentes, o como se muestran en un momento dado, que el mundo y el conocimiento son plurales. El arte puede inspirar acciones transformadoras que nos acerquen un poco más a nuestras aspiraciones en una sociedad mejor, donde la prosperidad esté acompañada justicia social y equidad.

Agradezco al Centro de Investigación en Estudios de la Mujer (CIEM) por su colaboración en organizar este Conversatorio en el marco del espacio “Debates sobre Feminismos”; sin duda, esta oportunidad para el diálogo será intensa y por supuesto también muy fructífera.

Agradezco a Gioconda Belli por acompañarnos, y le agradezco también, de una manera muy especial, que el proceso de invitación haya sido tan extraordinariamente fácil y que se realizó de manera tan informal como un solo correo electrónico.

Espero que en la Universidad de Costa Rica, Gioconda se sienta en su casa; en su casa académica. Le deseo las mejores experiencias en su próxima participación en la Feria del Libro; en el encuentro con las escritoras y los escritores costarricenses; en la presentación de sus nuevas publicaciones, y en la continuación de sus muchos, nuevos y muy fructíferos proyectos de escritura.

Muchas gracias Gioconda”



Sra. Gioconda Belli, novelista; poetisa:

Tengo que dar las gracias para empezar, porque esto realmente fue una pequeña conspiración entre Ana Cristina Rossi, Nora Garita, el Rector Henning Jensen y también mi editora Salvadora Navas, que hicieron posible que yo estuviera aquí. Y por supuesto mis propios deseos de venir a Costa Rica, después de muchísimo tiempo de no estar por estos lados.

Quisiera iniciar leyendo un poema, para iniciar esta conversación:

*Yo fui una vez una muchacha risueña
que andaba con su risa
por toda una ciudad que le pertenecía.
Yo fui una vez una mujer poeta
que salía con un poema nuevo,
como quien sale con un hijo,
a enseñarlo, a gozarlo.
Yo fui una vez la madre de dos niñas
preciosas
y andaba segura de mi felicidad,
desafiando el viento y a las cosas.
Ahora, yo soy una mujer que no conoce
la tierra donde vive,
sin amor, sin risa, sin Nicaragua,
soy una poeta
que escribe a escondidas
en oficinas serias y casas de huéspedes,
soy una muchacha que llora
debajo de un paraguas
cuando la muerde el recuerdo.
Soy una madre que añora la alegría de
sus hijas.
Ahora,
soy un canto de lluvia y de nostalgia,
soy de ausencia.*

Ese poema lo escribí a los dos días de llegar a Costa Rica tras el exilio. Yo viví acá en Costa Rica durante tres años; ¡después me sentí mucho más alegre que ese día! Yo tenía 25 años; tenía dos hijas y ya había tenido que salir de Nicaragua por persecución política. Habían encarcelado al compañero que era mi responsable, entonces yo tenía una semana para salir del país antes de que él hablara, porque siempre a los compañeros se les orientaba para que pudieran dar una semana de tiempo para la movilización de los otros compañeros involucrados. Entonces yo pude salir de Nicaragua; estuve un tiempo en México y después vine a Costa Rica. En aquel entonces yo vivía en el Barrio Amón, que tiene un nombre como de faraón; me recordaba a los niños de Nicaragua que se llaman Admón, porque en los edificios públicos había una placa con la escritura Admon. Somoza (Administración Somoza); entonces la gente les ponía Admón a los muchachitos.

El público ríe.

Entonces en ese Barrio yo recuerdo caminar bajo aquella llovizna de Costa Rica, tratando de pensar qué iba a hacer. Aquí montamos, con varios compañeros nicaragüenses en esa época, una enorme red de solidaridad con Nicaragua. Pero cuando yo recién llegué, mis padres me enviaron a vivir en una casa de muchachas universitarias, aunque yo ya tenía dos hijas que se habían quedado a vivir en Nicaragua. Entonces tuve que vivir en esa casa, donde volví al pasado aunque yo era bastante joven, pero allí me sentía como una muchacha más.

Ese fue mi comienzo, acá en Costa Rica; después trabajé en publicidad Garnier.

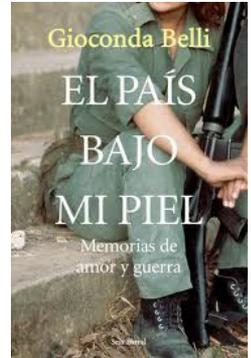
Realmente, cuando yo veo la situación que se ha creado en los últimos años entre Nicaragua y Costa Rica, me parece mentira lo que paso en esa época que yo viví, donde yo realmente nunca experimenté tal amor, una solidaridad, un deseo de ayuda y una entrañable capacidad de empatía de un pueblo para otro. **Porque realmente nosotros los nicaragüenses, si no hubiera sido por Costa Rica, no creo que hubiésemos podido hacer la revolución, y se los digo sinceramente.**

Fue algo tan hermoso que yo escribí este poema pensando en eso; se llama “**Ternura de los pueblos**”:

Yo te decía que la solidaridad es la ternura de los pueblos.

Te lo decía después del triunfo, después que pasamos los tiempos duros de batallas cuando todo era soñar y soñar, despiertos y dormidos, sin cansarnos nunca de ponerle argamasa al sueño hasta que dejó de serlo, hasta que vimos las banderas rojinegras de verdad, ondeando sobre las casas, las casitas, las chozas, los árboles del camino y pensamos en todo lo que nos tocó vivir y era como un gran rompecabezas de rabias y fuego y sangre y esperanza.

La ternura de este pueblo, de Costa Rica, fue espectacular. Yo tuve un hijo en Costa Rica y ese hijo se salvó gracias a la solidaridad, pues fue un niño prematuro, hoy es un muchacho, pero cuando nació solamente pesó dos libras. Me lo salvaron en el Hospital México, yo esperaba en una sala que llamaban el Jorón, porque allí estaban muchas mujeres perdiendo niños. Todas se portaban mal menos yo.



El público ríe.

Voy a hacer trampa en esta charla, porque a los escritores nos piden con meses de anticipación que titulemos las charlas, y a mí se me ocurrió “**El Vecindario y el país de las mujeres**” y vamos a hablar de eso. Pero antes de darle rienda a mi vocación política, quiero hablarles un poco sobre mi vida como escritora. Esa vida mía, como escritora, es la huerfanita de mi casa, porque siempre yo le he dado más importancia a la política en mi vida que a la escritura. Si alguien me consulta sobre un tema político, es como poner una moneda a una *roconola* (rocola); yo puedo hablar horas de horas sobre eso. **Pero hablar de mi vida como escritora me es mucho más difícil, y sin embargo es más profundamente quien yo soy.** Lo que pasa es que es más difícil revelar que hablar de los demás, o hablar de la Patria.

Creo que la razón de ser de mis libros, que es lo que los ha traído a escucharme, es resultado de una vida muy intensa. Cada vez que me preguntan ‘¿qué es necesario hacer para escribir?’; respondo que lo más importante es vivir. La realidad es que, por mucho que uno escriba sobre cualquier cosa, lo que nutre el imaginario, el almacén del que uno saca las imágenes y personajes, es la vida misma. Por eso mismo, acabo de volver a Nicaragua –estuve viviendo casi 20 años en Estados Unidos–, pero realmente necesitaba la locura de Nicaragua; el idioma, los personajes y, por supuesto todo lo que me hace vibrar está ahí.

Voy a empezar hablándoles del miedo. Nicaragua es un país pequeño, y sobre los poetas conocidos, a menudo se tejen leyendas. Por ejemplo, una de las leyendas urbanas sobre mí dice que yo escribía desnuda, y que llamaba a un chofer para pedirle un vaso de leche y otras cosas.

El público ríe.

¡Es mentira! Es algo que contaban. Pero la otra leyenda urbana dice que soy una mujer valientísima, atrevida, lanzada, y cosas por el estilo. Y el hecho que me concedan esa cualidad hace surgir, en mi cara más íntima, una sonrisa que es una mezcla de espasmo y satisfacción. Porque eso de que soy valiente refleja una realidad muy distinta a la que he enfrentado en mi vida, y a la que me enfrento constantemente. Yo no soy una persona sin miedos, al contrario; he sido introvertida, con tendencias a la reclusión, mi deporte favorito es leer, no hablar con nadie para pensar; me da miedo hablar en público, me aflige dar conferencias; desde que tengo conciencia, mi vida ha sido un enfrentamiento a muerte con ese miedo. No me gusta tener miedo, porque la vida con miedo solo se puede vivir a medias.



Con miedo uno realmente no puede realizar su potencial. El miedo paraliza, y esconde, y hace que uno se esconda. De ahí a que uno de los objetivos más importantes que yo me planteé fue vencer el miedo, y no dejar que me venciera. Eso empezó desde que yo tenía como 12 años, la primera vez que fui a desafiar a mi papá, pues era un hombre muy serio, autoritario. Me daba terror ir con él en el carro pues no sabía de qué hablar, qué decir. Entonces, un día de tantos, pensé en que le iba a dejar de tener miedo, pues me quería, e iba a empezar a bromear con él. Y así hice; me di cuenta que mi papá se transformó totalmente. Me lo gané; me convertí en los ojos de su cara.

Posteriormente mis padres me enviaron a estudiar a España a un internado de monjas, desde los 14 a los 16 años. Me sentía muy sola; era un palacio que le había regalado la esposa de Alfonso XIII a las monjas, gris, cuyas maderas rechinaban. Era oscuro; yo nunca había vivido un invierno en mi vida e incluso ¡no quería a los españoles!

El público ríe.

Ahora sí, pero en aquel entonces era muy difícil pues mi abuelo era un enorme indigenista, y me había enseñado toda la lucha que hubo en Nicaragua contra la conquista española. De ahí salió mi novela “**La mujer habitada**”, de toda la historia que me contaron de pequeña sobre la resistencia indígena contra la colonia. En ese colegio pasé muy sola, pero creo que ahí empecé a aprender a escribir, pues me dediqué a escribir cartas. ¡Hasta enamoré a un muchacho inglés a través de mis cartas! Y bueno, cuando regresé a Nicaragua, me casé y después empecé a escribir poesía.

La primera vez que escribí poemas, eran bastante normales a mi parecer, pero se consideraron unos poemas muy eróticos. Tras su publicación en la prensa, que fue un sábado, mi familia se reunía el día en una casa colonial, y todo mundo se me quedó viendo como si apestara. Me dijeron ‘qué barbaridad, ¿cómo es posible que publicaras esos poemas tan sucios?’. Me acuerdo que había un poema sobre la menstruación y una tía mía estaba horrorizada.

El público ríe.

Pero ese momento fue importantísimo para mí, pues me di cuenta que toqué un elemento enormemente subversivo. No entendía muy bien por qué era tan subversivo en ese momento, pero sí entendí que no podía dejar que me venciera el miedo otra vez. Claro, me empezaron a decir que iba a perder mi reputación, que la gente me iba a ver como ‘mujer fácil’. Mi esposo me dijo “no vas a poder escribir más, tengo que censurar esos poemas que vas a escribir”. Le dije que estaba loco...

El público ríe.

Uno de los poemas que salió es muy emblemático para mí. Dice así:

*Dios me hizo mujer,
de pelo largo,
ojos,
nariz y boca de mujer.
Con curvas
y pliegues
y suaves hondonadas.
Y me cavó por dentro,
me hizo un taller de seres humanos.
Tejió delicadamente mis nervios
y balanceó con cuidado*



*el número de mis hormonas.
Compuso mi sangre
y me inyectó con ella
para que irrigara todo mi cuerpo.
Nacieron así las ideas,
los sueños,
el instinto.
Todo lo que creó suavemente
a martillazos de soplidos y taladrazos
de amor,
las mil y una cosas que me hacen mujer,
todos los días,
por las que me levanto, orgullosa, todas
las mañanas, y bendigo mi sexo.*

Ese poema hizo bulla, porque muchas mujeres no se atrevían a bendecir su sexo. Y este es sobre ese momento de rebelión; el poema que les leeré se llama así, **Rebelión**, y precisamente es sobre esa decisión que yo tuve que tomar: seguir escribiendo, no permitir que nadie me censurara los poemas, y darme cuenta que lo que había hecho era porque estaba haciéndome sujeto de mi propia sexualidad. No un objeto sexual.

*¿En qué rincón de la vida me estará
esperando la felicidad?
¿En qué rincón de la tierra me será
dada la realización que espero, a la que
no puedo renunciar, porque ya tengo la
sangre intoxicada, y las palabras me
buscan, me rondan, y los poemas ya me
son necesarios para subsistir?
Están sembrados en mis horas,
inalterables, hermosos.
Están en mí, dentro de mí, con toda
la fuerza de la tierra, del amor. Con
toda la angustia del hijo que debo
parir y esconder, porque no me está*

dado enorgullecerme de él, sino agachar la cabeza y guardar estos papeles en alguna gaveta, donde el tiempo los amarille, mientras yo me voy convirtiendo en repollo, lechuga, o cualquier otro vegetal...

Ese fue un momento crucial de mi vida. Me di cuenta que esos valores taimados, mojigatos, había que rechazarlos, y esa parte me llevó, por otro lado, a comprometerme con la lucha política. Yo trabajaba en una agencia de publicidad, una cosa vergonzosa de mi pasado.

El público ríe.

Pero es una cosa vergonzosa que, aparentemente, tenemos varios escritores en común. Entonces, había un poeta ahí; él me ayudó muchísimo y me dio a leer toda la literatura latinoamericana. Ahí llegaba muchísima gente del Frente Sandinista, y entonces empecé a involucrarme poco a poco en la lucha del Frente Sandinista.

Centroamérica, en ese momento, era un polvorín. Realmente había luchas guerrilleras en todos los países de Centroamérica, y nosotros teníamos una de las dictaduras más largas del continente. **Ardimos** –creo que todas las opciones cívicas se rompieron en Nicaragua en 1967 –, con una masacre durante una manifestación pacífica para que Somoza no se presentara de nuevo en las elecciones. **Murieron como 300 personas ese día.** La gente que mandó a esa gente a sentarse en la Avenida Central de Managua, y resistir, se fue después de que empezaron a sonar los tiros y, cuando empezó la masacre, se fueron a meter a un hotel, a pedir la intervención del embajador norteamericano. Y de ahí salieron a pactar con Somoza, y a hacer un triunvirato, entre la oposición y Somoza. Y ahí todos nosotros, la gente



joven de esa época, dijimos “esto no tiene remedio, aquí nunca saldremos de esto, a menos que haya una lucha armada”. Y ya el Frente Sandinista había estado actuando en las montañas de Nicaragua.

Por lo menos para mí fue el momento decisivo. Yo considero que yo viví una época de oro en términos políticos. ¿Por qué? Ustedes conocen la historia de la revolución nicaragüense; no se las voy a contar, pero nosotros vivimos un momento precioso, en que como jóvenes nos sentimos absolutamente motivados por una razón que iba más allá de nosotros. Que encontramos un sentido a nuestra vida, clarísimo. Un sentido que nos permitía arriesgarnos, y no pensar que la muerte era algo terrible, sino más bien una manera digna de representar y de presentar la lucha, y de salvar a nuestro país.

Pero era una época en que todas las definiciones eran fáciles. Nosotros podíamos definir quiénes eran los amigos, quiénes los enemigos; uno creía saber con claridad de qué lado estaba. **El maniqueísmo tenía la virtud de la firmeza revolucionaria.** Éramos tremendamente firmes, porque no dudábamos. Estábamos clarísimos de lo que teníamos que hacer. Dudar era casi un pecado de lesa patria. **Esas convicciones tan feroces nos empujaban con la fuerza de un tsunami.**

En aquella época yo les habría hablado de utopía, con los ojos llenos de luz y de emoción. De la lucha contra la injusticia, que el amanecer habría dejado de ser una tentación. Les habría dicho, como Otto René Castillo, “vámonos, Patria, a caminar. Yo te acompaño”. Pero, ni las patrias ni las personas son las mismas en estos tiempos. Lo único que sigue siendo más o menos igual, son los problemas. ¡Estos hasta se han atrevido a empeorar!

Ya nadie piensa en enmotañarse, en la guerrilla. Hasta Marcos, el guerrillero en Chiapas, parece que decidió retirarse. Ustedes han llegado al mundo en una generación que podríamos decir ‘apolítica’, y a los mayores a veces nos afecta ver eso y lo entendemos, porque nosotros mismos experimentamos esa indiferencia o sentido de impotencia en carne propia. Y, sin embargo uno se angustia. A veces uno dice ‘ya yo hice mi parte, que lo hagan otros, me retiro, ya estoy cansada’. Pero verlo en jóvenes, a mí me aflige mucho más. **Porque cuando uno es joven, se puede deprimir o desanimar, pero si tiene una motivación, puede hacer cualquier cosa.** Puede no dormir, puede pasar las noches viajando, manejando, combatiendo, amando. Hay una reserva casi inagotable, a la que no se tiene acceso más que en esos estados de convicción absoluta, de experiencia compartida, que muchas veces en este mundo desalmado y desperdigado solo se encuentran en las pandillas o en las drogas.

Hubo momentos en las luchas contra Somoza donde yo sentí una euforia semejante a una droga, porque la pasión, cuando se experimenta colectivamente, se duplica o se triplica. Lo paradójico, por supuesto, es que la gente también busca el peligro, la subida de adrenalina, esa sensación de ser incansable. Y tampoco quiero ni perder el hilo ni ofenderlos con la idea que solemos decir los viejos de que ‘todo el tiempo pasado fue mejor’.

Yo empecé a hablar de las múltiples experiencias de Nicaragua para llegar a desembocar en la realidad de hoy. De que tras todo esto, toda esa euforia, esa lucha, esa épica, y tremenda hazaña del pueblo nicaragüense, la realidad es que la revolución fracasó. Y que tenemos ahorita en Nicaragua un mamarracho. Una ficción mojigata de un hombre y una mujer que quieren revivir el pasado, pero no la realidad del

pasado, sino el oropel, lo divertido, la música, los colores del pasado, mientras que en el presente son aguzados vividores de esta segunda oportunidad en la que han decidido no ser tan ingenuos ni creer en la rectitud ni la bondad propia o ajena. Esta vez no se descuidan, no se engañan; no van a dejar el poder, porque ya saben lo feo que es perderlo. Están dispuestos a pagar cualquier costo por conservarlo, y con esa claridad actúan, **convencidos de que su permanencia es lo mejor que le puede pasar al país**, y por tanto no hay escrúpulos que no venzan, ni Venezuela o China, a la que no se sometán. Ya pueden imaginar lo que se siente, tras todo lo que significó para uno, personal y colectivamente, ver al sandinismo convertido en orteguismo, y ver la falta de escrúpulos vencer cuanto uno creyó. Eran principios. Pero, tampoco uno se puede desilusionar tanto. Este año, el gobierno francés me nombró a mí Caballera de las Artes y las Letras. No me dieron caballo... ¡eso era lo único que yo quería!

El público ríe.



Pero en mis palabras de agradecimiento, voy a repetirles algo que me parece un ejemplo exacto de lo que quiero decirles. Porque si bien es cierto que la revolución francesa de 1789 abolió la monarquía y proclamó la República, la toma de la Bastilla no fue más que el comienzo de un largo proceso de avances y retrocesos.

Tras la revolución, los franceses vivieron el reino del terror, bajo la sombra del radicalismo jacobino, que llevó a miles a la guillotina. Vieron instalarse a Napoleón Bonaparte, como emperador, y el retorno de muchas características del antiguo régimen. Vieron el retorno de la monarquía de los Borbones con Luis XVIII, de la monarquía de Orléans con Luis Felipe, y fueron testigos de la proclamación del segundo imperio de Luis Napoleón Bonaparte. No fue sino hasta en mayo de 1871 que monarquías y emperadores desaparecieron para siempre de su historia, y que Francia retomó con escollos, pero sin retrocesos, su camino hacia la República.

Los giros sangrientos, los reflujos de la revolución francesa, generaron, entre artistas e intelectuales de esa época, una tremenda tristeza y desesperanza. Tantas energías suscitó el suceso de la revolución, que muchos sintieron que lo que vino después era la demostración de que los seres humanos eran incapaces de superar la miseria y la ignorancia. Y dice el poeta inglés, Percy B. Shelley, “el ánimo sombrío y la misantropía son las características de nuestra época. Una desilusión que se solaza en exagerar el tamaño de su desesperación”.

Leer esto me consoló. Me hizo pensar que lo que pasa tiene más que ver con la naturaleza de la historia, que es un proceso largo y lento, donde las contradicciones no se solucionan en una sola generación, sino en

varias, de manera que puede haber períodos tan largos como toda una vida, donde lo único que se experimenta es la difícil transición. Y creo que en Nicaragua estamos viviendo eso. Aquí en Costa Rica es otra historia, y en otros países también.

Pero sí estamos, en comparación con las épocas de las dictaduras, un poco mejor en todas partes. Pero se acaba un problema, empieza otro. También puede ser que hasta ahora nos hayamos equivocado, pensando que la solución de los problemas estriba en reformas económicas radicales, en ideologías diversas, en que venza la izquierda o venza la derecha. Aunque ahora a veces ya no se sabe cuál es cuál. Y esta es la hora que nos planteemos otro tipo de revolución, que es la que está planteada en mi novela *El País de las Mujeres*, y que empecemos a pensar de otra manera. Creo que estamos todavía muy apegados a los paradigmas de las revoluciones económicas, la transformación, la lucha de clases, y que tenemos que empezar a pensar –sobre todo ustedes, que son la esperanza de todos nosotros–, de una manera diferente. De dejar de poner el producto interno bruto por encima de la felicidad individual y colectiva. ¡Por algo el producto es bruto!

El público ríe.

En *El País de las Mujeres* yo trato de crear otro esquema, de hacer pensar cómo podríamos cambiar las sociedades, de una manera que no necesariamente implique revoluciones violentas, armadas, sino una revolución que empiece de lo pequeño a lo grande.

Por eso lo pongo en *El País de las Mujeres*, porque las mujeres solemos pensar así: de lo pequeño a lo grande, de lo cotidiano a lo público. El hombre piensa al revés. Y por eso los hombres se deberían ir a descansar, ¡como en mi novela!

La revolución más importante del siglo XX fue la revolución femenina. La revolución que más cambió la manera en que vivimos. Fue la única revolución que realmente triunfó. Si se quiere medir el nivel de avance de una sociedad, hay que medir cómo están sus mujeres. ¿Cuál es el mundo más atrasado en nuestra época? El mundo en donde las mujeres tienen que usar burka, en donde hay organizaciones terroristas como Boko Haram, que las secuestran y les hacen daño, imponiendo sus creencias. Esto cambia si cambiamos las relaciones primarias, que tienen que ver con cómo nos educamos. Por ejemplo, existe una asignatura que se llama “maternidad”, pero ¿y la “paternidad”? **La única manera de empezar a cambiar las sociedades es educando a la gente.** Es la responsabilidad más grande que tenemos en la vida, todos, hombres y mujeres, pero nadie nunca nos educa para eso. Nadie nos pasa un libro de psicología infantil. Nadie nos dice lo grave que es gritar o pegar a un niño. Uno llega a asumir la vida de un ser humano, y no tenemos idea de cómo hacerlo.



Aprendemos a cambiar pañales, pero no aprendemos lo más importante: cómo no reproducir los esquemas de dominación. Cómo trabajar de otra manera dentro del hogar, y por supuesto para que haya sociedades donde la mujer tenga una participación plena. Esto tiene que ver con una organización del trabajo totalmente diferente. Que hombres y mujeres se turnen en llevar a sus hijos al trabajo; que haya centros de desarrollo infantil cerca del trabajo; tener un cubículo para dar el pecho a los niños, cuando sea necesario. En Nicaragua esto está escrito en la Constitución Política, pero en la práctica es ridículo, pues no tiene cómo cumplirse.

Ese es mi sueño: el cambio de enfoque en las transformaciones sociales. Es sumamente urgente porque realmente las fuerzas progresistas de la sociedad están patinando en el mismo lugar.

Entiendo que en Costa Rica hay movimientos ecológicos muy importantes, y esa es otra gran lucha que tenemos que dar, y sobretodo ustedes. Realmente tenemos que lograr conservar el planeta. Ahí hay una enorme veta; está planteada una lucha con otro carácter, ya no para la producción. **Es cambiar la obsesión por producir, por la sostenibilidad.**

En este vecindario, tampoco estoy preocupada por las relaciones entre Nicaragua y Costa Rica. Creo que poco a poco se van a mejorar. Nosotros somos como gemelos siameses, y obviamente no nos podemos separar. Yo espero que Daniel Ortega termine en algún momento su mandato.

He ido a varios países de Centroamérica, de pueblo a pueblo, a varias ferias, y veo que el acercamiento cultural es importantísimo. Creo que ustedes deberían invitar a nicaragüenses a todas sus actividades culturales, y al revés. Nosotros también hemos tenido a muchos costarricenses en el Festival de Poesía en Nicaragua, por ejemplo.

Quería dejarles esas inquietudes. Antes de leerles unos dos poemas para terminar, quería que habláramos y me comenten de qué les gustaría hablar. ¡Es un conversatorio!



Participante: La sexualidad femenina es una caja de Pandora, y parece que siempre te han censurado esta parte. Me gustaría conocer si en Nicaragua la visión que se tenía sobre la sexualidad femenina ha cambiado significativamente a la fecha, desde que escribió sus poemas.

Gioconda: Creo que ha cambiado, pero no tanto. No sé si es que la etiqueta de ‘poeta erótica’ les gustó y me dejaron con esa etiqueta. Pero realmente siento que mi poesía no dice nada...cómo lo explico... El cuerpo de la mujer sigue siendo un *casus belli*, un motivo de guerra. ‘La mujer que reclama su sexualidad es peligrosa’, aunque no se perciba como tal conscientemente.

Pero por otro lado hay una enorme necesidad de ello, porque yo sí lo he vivido con mi obra. El nivel de aceptación, el ‘quiero más, me ha hecho mucho bien leer esto’... es grande la cantidad de gente que se ha sentido identificada con esa poesía o prosa, donde las protagonistas de mis novelas o poemas expresan la sexualidad bellamente. Y es que hay una diferencia entre la pornografía y el erotismo. La sexualidad femenina tiene una manera de expresarse diferente, porque es más suave, ¡pero no me gusta esa palabra! Es... es más inherente, es biológica, porque tenemos un cuerpo determinado por nuestros procesos biológicos.

En Nicaragua la sexualidad se expresa en todas las formas más grotescas. Casi todos los días hay una mujer en bikini en las portadas de los periódicos. Aún hay una obsesión por el cuerpo. Eso ayuda a vender. Y los concursos de *misses*, ¡ya no sé qué más les falta! Menos mal hay *mister Nicaragua*... Yo veo que todas estas cosas ayudan a ir cambiando la mentalidad. Pero será un trabajo largo, porque en Nicaragua también tenemos uno de los índices

de feminicidios más altos en Centroamérica. Hay mucha violencia. Pienso que también tiene que ver con que la mujer está reclamando un papel más protagónico, y entonces hay más resistencia del hombre. Y hay una violencia que aún no se ha podido castigar adecuadamente. El feminicidio lo pusieron como un delito dentro de una ley nueva, pero ya le cambiaron la definición en Nicaragua, pues había muchos hombres presos. Así que ahora lo definen así solo cuando hay una relación sentimental entre dos personas. Si un hombre que no está relacionado afectivamente con una mujer, la mata o la viola, es homicidio. Y eso es para limpiar las estadísticas.

Participante: Buenas tardes Gioconda, muchas gracias por compartir de una manera tan llana y tan sincera tu experiencia de vida. A propósito de las raíces de la revolución sandinista, que esperamos que sigan vivas, quería preguntarte si estás participando en alguna organización de resistencia en Nicaragua, sobretodo pues sabemos lo que pasó con el MRS [*Movimiento Renovador Sandinista*]. Saber si estás actualmente activa en alguna organización o si crees que hay alguna organización que tiene la suficiente fuerza para recuperar esa raíz de la revolución.

Gioconda: Bueno, la revolución ha dejado muchas cosas, la revolución no se perdió. Dejó una consciencia diferente en la gente, que está ahí, pero ahorita no tenemos realmente oposición. El MRS sigue trabajando, creo que es el partido más serio que hay, pero no tiene personería jurídica pues se la quitaron. Así que se tiene que aliar, forzosamente, con otros partidos, para participar en esos procesos electorales. Y esos partidos le han hecho mucho daño. Yo no estoy metida en ningún partido en este momento, porque pienso que mi ser independiente me ayuda a poder decir lo que quiera. Y lo que hago es escribir artículos de opinión; ahora soy presidenta

del Pen Club en Nicaragua, que es una ONG que defiende la libertad de expresión. Ahora estamos organizando un movimiento porque ese es uno de los serios problemas que tenemos; aunque no ha habido censura como tal, lo que ha sucedido es que prácticamente todos los medios fueron comprados y están dominados por la familia Ortega. Los canales de televisión están todos bajo el dominio de Daniel Ortega, ¡menos uno! Después tenemos los periódicos: ya solo hay uno, pues el otro lo compraron. Y a cada rato se violenta a los periodistas: no los dejan entrar a las conferencias de prensa, por ejemplo. Daniel Ortega no ha dado una sola conferencia de prensa en todos los años que tiene de ser presidente. Ha dado dos entrevistas: una fue a una periodista rusa, para la televisión rusa, y otra a Al-Jazeera. Entonces esto es lo único que ha dado Daniel Ortega en el tiempo que es presidente, y nadie puede hablar a la prensa; ninguno de los ministros puede dar declaraciones, solamente Rosario Murillo, que habla todos los medios días en la radio.

Así que realmente tenemos una especie de bloqueo de la comunicación. Esto es lo que estoy haciendo yo. Lo que siento es que uno tiene que seguir luchando, día a día, dondequiera que esté, por lo que uno cree que es justo. La historia es bien larga, pero esto no me deprime; nosotros solamente vivimos un pedacito tan pequeño de la historia, que nunca vamos a ver los sueños cumplidos totalmente, pero que vale la pena luchar por ellos, porque alguien los va a ver. Entonces uno tiene que cumplir su parte; no para ver la recompensa, pero porque sabe que hay que ir empujando ese carro de la historia, porque no lo empujarán otros, y si no lo hace se va a despeñar.

Participante: Soy Alonso Mejía, corresponsal de El Nuevo Diario, y editor de La Nueva Prensa, una revista para migrantes aquí en Costa Rica. Según

cifras, hay al menos medio millón de migrantes nicaragüenses laborando en este país. Según estadísticas del censo, hay 100.000 costarricenses que son hijos de un nicaragüense. Esta es una nueva generación de nicaragüenses nacidos aquí. ¿Qué opina usted, como escritora, como analista, como poeta, sobre esta nueva generación de nicaragüenses nacidos aquí en Costa Rica?

Gioconda: ¡Espero que sean buenos ciudadanos! Es normal que esto suceda, cuando se da una migración de otro país; se empiezan a mezclar y salen otras generaciones. Uno de los casos más interesantes es el del futbolista, ¿todos los vieron, no? Oscar Duarte. Ese fue un momento bien lindo entre Nicaragua y Costa Rica, pues realmente todo Nicaragua iba con Costa Rica en el mundial. Cuando este muchacho llegó a Nicaragua fue un recibimiento de héroe, el que le dieron.

Yo sé que para Costa Rica debe ser un poco difícil; yo creo que todas estas grandes migraciones tensionan los países que reciben esas migraciones pero, al final de cuentas, esas migraciones son muy importantes, porque suplen necesidades dentro de los países. Yo lo viví muy de cerca estando en California, porque el 42% de la población de Los Ángeles es mexicana. Y entonces hay mucha crítica, xenofobia, pero al final no podrían vivir sin ellos. Hasta hicieron una película llamada *Un día sin mexicanos*; ¡era un desastre! Realmente los necesitan. Yo creo que son acomodados. Por eso estamos hablando de lo larga que es la historia. Yo sí pienso que lo que uno no debe perder es la perspectiva, ir generando nuevas sinergias, nuevos amores, y ojalá no se generen nuevos odios. Por eso es importante que haya gente consciente, entre los escritores, los intelectuales, la gente que tiene la universidad, para que perdamos esa tendencia que tenemos los seres humanos a repeler lo que no es nuestro, totalmente.

Participante: Buenas tardes. Yo me acerqué a su literatura cuando mi esposa me hizo un regalo muy bonito y me regaló *El país bajo mi piel*. Yo quería saber, en relación con su período aquí en Costa Rica, su lucha a la par del Frente Sandinista, dado que el libro está lleno de protagonistas varones, ¿cuál era, para usted, el papel de la mujer dentro de la revolución, o si había un papel particular? Porque dentro de su relato hay bien pocas mujeres que participan en la revolución sandinista. Parece que esa se presenta como un movimiento de liberación, pero que es exclusivamente un movimiento de varones. Pero esa es la impresión que tengo al leer el relato suyo.

Gioconda: ¡Qué terrible eso! Realmente yo escribí un poco el testimonio de lo que yo viví. Pero en Nicaragua realmente había muchas mujeres combatientes, y hubo una gran participación de las mujeres en Nicaragua, y aquí también, en las redes de solidaridad. Las mujeres no teníamos, por supuesto, el mismo peso que los varones, en ciertas cosas. Pero la primera ciudad que se liberó en Nicaragua la liberaron tres mujeres: en León, fueron Dora María Téllez, Lourdes Jirón, y Ana Isabel Morales. Eran las tres que eran jefas del Estado Mayor que liberó esa ciudad. Y estaba Mónica Baltodano en otro frente. Había muchísimas mujeres combatientes. Pero a la hora de que triunfó la revolución, no les dieron ningún papel dirigente; fueron mandos intermedios. Y la dirección nacional del frente eran nueve hombres, no había una sola mujer. Al principio hubo una ministro, cuando se dio el triunfo de la revolución. Por eso, un grupo de mujeres formamos un partido que está en mi novela *El País de las Mujeres*, que se llamaba el Partido de la Izquierda Erótica. Era una broma, porque nos juntamos a conspirar para tratar de meter la agenda femenina dentro de la agenda de la revolución. Pero este

fenómeno sucede en casi todas las revoluciones. Las mujeres participan durante el período de la lucha, pero después no llegan a ocupar los mismos niveles de autoridad y de responsabilidad a la hora de que ya se forman los gobiernos. Nosotros luchamos mucho por eso, pero en mi libro no lo había visto desde esa perspectiva. Mi libro no es la historia de todo lo que pasó; es la historia de lo que yo viví. Es una ventana para ver una vida.

Participante: Buenas noches. Me gusta mucho tu literatura y la propuesta que hiciste hace unos minutos, con respecto a tus inicios de la poesía erótica, y el título de *El país de las Mujeres*. ¿Qué opinas de proponer, para los próximos escritores, suprimir una idea que creo que ha hecho daño, que es el elemento de la caballeridad? Representando el elemento patriarcal que esto representa, y que la literatura empiece a proponer una desmitificación de lo que es la mujer como dama y poder llegar otra vez a ser mujeres. Lograr una literatura que proponga una abolición de este término, ‘caballeridad’, para que mis hijas, en un futuro, dejen de ser damas y puedan ser mujeres, y por fin estar en una estructura sin pesos.

Gioconda: Damas quiere decir “da más”. No sé, a mí me gusta la caballeridad. ¡Pero fíjate que es de las pocas cosas que nos dan los hombres! Mira, yo pienso que no hay que negar la diferencia entre el hombre y la mujer, ¡bienvenidas las diferencias! Y que la mujer no necesariamente tiene que asumir un rol o un ser masculino para liberarse. Esas cosas entre hombre y mujer, que son cortejo, no lo vamos a perder. ¡Es una lucha perdida, pues me parece que nos gusta, que lo necesitamos! Y parte de eso es esa caballeridad. Pero yo pienso que no le quita, ni al hombre ni a la mujer, esas pequeñas cosas. Como que me digás que las mujeres ya nunca cocinen. No, porque tampoco.

Mi marido es el que cocina en mi casa, por ejemplo, porque yo no cocino. Pero a mí me encantaría saber cocinar. Es como la negación de la negación; no hay que negar todo. Cuando evolucionemos hay muchas cosas que tenemos que conservar, que son hermosas y buenas. Se me ocurre que te voy a leer un poema que se llama **Receta de varón**. ¿Qué hombre queremos? Porque los hombres son lindos, ¡cuando se portan bien! Vinicius de Moraes escribió un poema que se llama *Receta de mujer*, ¡lindísimo! Pero empieza diciendo *Que las feas me perdonen, pero la belleza es esencial*. Entonces yo en mi poema, parafraseando a Vinicius, digo:

No importa si no es hermoso. La fealdad en el hombre puede despertar ciertos atávicos instintos femeninos. Pero es esencial que el pecho sea acogedor, y que los brazos ofrezcan la promesa de abrazos apretados y tiernos.

Vello en el cuerpo o no, es cuestión de gustos. Personalmente los prefiero tapizados, con espacios de sombras oscuras y suaves al tacto, y capaces de llenar el olfato con el olor del día a flor de piel.

La cintura que se defina, por favor. Que no le sobre ni le falte. Que no acuse el descuido del dueño, más que en ciertas épocas permisibles, donde unas libritas de más son solo testimonio de amables libaciones.

Las manos son definitivas. Deben saber sostener la cabeza de la mujer con el celo con que el marinero le escatima al viento la única lámpara de aceite en el medio de la tormenta. Ser ágiles como pájaros o cabras de monte, capaces de la forja del hierro, de las lágrimas y de

esculpir los intrincados artesonados del placer.

Las piernas también son importantes. Pero les perdonamos las torceduras, los toscos, las imperfecciones, si al encontrarnos con la boca vemos una sonrisa en la que poder confiar, y unos ojos que nos aseguren la mañana.

La espalda masculina debe ser extensa, como una pradera por donde puedan pasearse los búfalos y los heliotropos. Y es fundamental que en las caderas se alcen dos colinas, inequívocas, sólidas, que se nos queden prendidas a la memoria, cuando el hombre se vuelva para marcharse, alejándose en la noche.

La voz que resuene con vibraciones de bajo, pero que sepa modular la tensa y dulce melancolía del acordeón, lamentando el fin de la luna en la ventana.

El hombre, al fin, es el mítico animal que reinventa siglo tras siglo las quimeras que pueblan las obsesiones femeninas. Habrá de conservar, perdida la absoluta hegemonía, todas aquellas cosas galantes, fuertes, acogedoras, que a pesar de todos los pesares, lo mantienen sólidamente anclado en el profundo e incansable mar de las hembras.

El público ovaciona.

Bueno, ya no quiero abusar de ustedes. Voy a leerles un poema para terminar. Este poema es muy importante para mí; es duro pero importante. Lo escribí un **8 de marzo**; así se llama.

Amanece con pelo largo el día curvo de las mujeres. ¡Qué poco es un solo día, hermanas! ¡Qué poco, para que el mundo acumule flores frente a nuestras casas!

De la cuna donde nacimos, hasta la tumba donde dormiremos, toda la atropellada ruta de nuestras vidas deberían pavimentar de flores para celebrarnos. Que no nos hagan como a la Princesa Diana, que no vio ni oyó las floridas avenidas prostradas de penas de Londres. Nosotras queremos ver y oler las flores. Queremos flores de los que no se alegraron cuando nacimos hembras en vez de machos. Queremos flores de los que nos cortaron el clítoris, y de los que nos vendaron los pies. Queremos flores de quienes no nos mandaron al colegio para que cuidáramos a los hermanos, y ayudáramos en la cocina. Flores del que se metió en la cama de noche, y nos tapó la boca para violarnos, mientras nuestra madre dormía. Queremos flores del que nos pagó menos por el trabajo más pesado, y del que nos despidió cuando estábamos embarazadas. Queremos flores del que nos condenó a muerte forzándonos a parir a riesgo de nuestras vidas. Queremos flores del que se protege del malpensamiento, obligándonos al velo y a cubrirnos el cuerpo. Del que nos prohíbe salir a la calle sin un hombre

que nos escolte. Queremos flores de los que nos quemaron por brujas, y nos encerraron por locas. Flores del que nos pega, del que se emborracha, del que se bebe irredento el pago de la comida del mes. Queremos flores de las que intrigan y levantan falsos, flores de las que se ensañan contra sus hijas, sus madres y sus nueras, y albergan ponzoña en su corazón para la de su mismo género. Tantas flores serían necesarias para secar los húmedos pantanos donde el agua de nuestros ojos se hace lodo, arena movedizas tragándonos y escupiéndonos de las que tenaces, una a una, resurgiremos. Amanece con pelo largo el día curvo de las mujeres.

Queremos flores, hoy, ¡cuánto nos corresponde el jardín del que nos expulsaron!

¡Gracias, muchísimas gracias!

